

tiguó camarada que habia hecho fortuna.

Tres dias despues llegó Hanson con su hermana, y tomó un cuarto en la casa que ocupaba Eduardo: sus heridas estaban ya cicatrizadas, y solo le quedaba un poco de debilidad que todos los dias veia irse disminuyendo.

Teodoro estaba aun tan poco acostumbrado á su nueva situacion, que no pensaba ni remotamente en practicar las diligencias necesarias para tomar posesion de los bienes inmensos que le pertenecian: Shechem fue quien le llamó la atencion sobre esta materia: quince dias de permanencia en Lón-dres habian reanimado el vigor de su espíritu; pero conservaba

aun aquel aire serio y taciturno, señal de una melancolía habitual y profunda, que solo el tiempo podia curar. Le aconsejaron hacer un viage al departamento donde estaban sus rentas, y no fue sino con mucha pena como lo lograron; pues le causó bastante violencia la separacion de sus amigos, particularmente de Shechem y de su hija, á quienes prometió su pronto regreso.

Luego que llegó al pais donde habia pasado su primera juventud, Teodoro sintió renacer en su memoria recuerdos tan interesantes como dolorosos á su llagado corazon. Los antiguos vasallos de su padre volaron á su encuentro: la historia de sus infortunios les era

bien conocida, y todos se esforzaron á porfia en demostrarle la alegría que les inspiraba su presencia, y verle ya su único señor: no fue Teodoro insensible á tan cariñosas demostraciones, y se propuso interiormente merecerlas, contribuyendo en cuanto pudiese á hacerlos felices.

El primer uso que hizo de sus derechos, fue disminuir las cargas de los arrendatarios y renteros, que demasiado vejados por su padre, se hallaban reducidos á un estado el mas miserable. ¡Qué de lágrimas de alegría no vió derramar á tanto infeliz! Los ancianos, las madres cayeron á sus pies en demostracion de su gratitud por los medios que les procuraba para

vivir y educar á sus hijos: mas de un jóven robusto y enamorado que se vió, gracias á la bondad de su generoso señor, en estado de llamar á su querida esposa, le deseó aquella misma dicha que dispensaba á los otros. A las chozas miserables y arruinadas sucedieron bien pronto quintas y casas hermosas habitadas por familias que rebosaban salud y contento: todo volvió á tomar un espíritu de vida y de alegría, donde no se veia mas que abatimiento y miseria.

Estos cuidados y otros del mismo género ocupaban todos los momentos de Teodoro: pasó cerca de un año en sus diferentes estados en una actividad casi continua, pa-

ra reparar por medio de actos de generosidad bien entendidos, los males de la avaricia y del orgullo, y lo consiguió: testigo del fruto feliz de sus continuos beneficios, este espectáculo le penetraba de una dulce satisfaccion, que mas que todo lo demas, reanimaba en su alma el gusto de la vida. Desde entonces empezó ya á sentir vivamente, que el poder de hacer felices indemniza de muchas penas, y que hai mas virtud en una beneficencia activa, que valor en despreciar inútilmente la muerte.

Sin embargo, se hallaba aun á una inmensa distancia de la felicidad: sus penas y sus recuerdos eran siempre dolorosos: el retiro en que se concentraba, no dismi-

nuia la amargura y tristeza que atormentaban su corazon. A la verdad, las cartas de Shechem, de Eduardo y de Hanson le separaban por intervalos de sus ideas habituales; pero esto no era mas que un consuelo pasajero é insuficiente en aquel continuo aislamiento.

Resolvió viajar con la esperanza de que las distracciones de una vida ambulante acabarian de restituir la calma en su corazon, y le ayudarian á mas de esto á fijar ciertas ideas que le ocupaban hacia algun tiempo, á pesar de sus esfuerzos para olvidarlas. Despues de haber dispuesto lo conveniente para que sus intereses no sufriesen en su ausencia, se marchó á Lóndres, pasó tres dias con

Shechem y su hija, á quienes comunicó su proyecto, y los dejó casi arrepentido de haberle formado.

Visitó la Holanda, la Alemania, la Italia, la Francia, y empleó dos años en esta vuelta, recogiendo por todas partes conocimientos útiles; porque no se parecía á esos viageros que todo lo miran, y no ven nada. Se tranquilizó bastante su espíritu; pero necesitaba mudar de residencia; pues lo que buscaba sin saberlo, no existía sino en Inglaterra. Volvió, pues, á los dos años de ausencia, y se entregó otra vez á su soledad.

Hanson acababa de llevar á su hermana al condado de Lincoln, donde debía casarse con un jóven

mui rico y de buenas costumbres, que vivia habitualmente en sus estados. Un viage á la capital le habia proporcionado la amistad de Hanson; su hermana le habia agradado, y esta le habia igualmente hallado segun su corazon. Su generoso hermano le prometió un fuerte dote, y se habia concertado el enlace. Teodoro supo esta noticia á su regreso, y le hizo un regalo considerable á los dos esposos.

Es de suponer que su correspondencia con Shechem no habia sufrido alteracion, y se entregaba siempre á ella con tal placer, que no podia esplicárselo á sí mismo. A pesar de las ocupaciones tan gratas á su corazon, á pesar de

sus paseos , sus lecturas , á pesar de todos sus esfuerzos para liberarse de sensibles reflexiones , y aunque la tranquilidad de la aldea le pareciese preferible á la agitación de la ciudad , experimentaba siempre que esta soledad daba un caracter mas sombrío á su melancolía , y conocia que tanto aislamiento no convenia á su edad. Cuando escribia á Shechem , hablándole de su hija , hallaba en su idea la persuasión de ser aquellas dos personas las que mas amaba su corazón de cuantas existian sobre la tierra. Esta ilusion le lisongeaba mucho , gustaba de reproducirla y prolongarla , multiplicando sus cartas.

A fuerza de meditar sobre lo

que pasaba en el fondo de su alma , creyó hallar en ella por Eva un sentimiento mas inquieto que el de una simple amistad , y este descubrimiento le estremeció al principio.

«No , no , se dice á sí mismo, despues de un nuevo exámen , no es amor lo que yo tengo : este afecto ardoroso nunca le he tenido sino por Elisa. Destrozado mi corazón por la desgracia , no es ya susceptible del amor. Todo lo que la estimacion , el reconocimiento , la amistad pueden inspirar de mas vivo , unido al irresistible atractivo de una figura hermosa , lo debo á Eva. Si estos sentimientos bastasen á su felicidad , ¿por qué no he de elegir yo una compañe-

ra que tome parte en mis penas, y me ayude á soportar el insufrible peso de la vida?»

Estas reflexiones se ofrecieron tantas veces á su imaginacion, le ocuparon, le agitaron tanto, que despues de haber sufrido mil inquietudes, y de haber luchado consigo mismo, tomó el partido de no disimular mas, y abrir enteramente su corazon á su anciano amigo. Hé aquí lo que escribió á Shechem:

«Vuestras cartas, mi querido amigo, son mi consuelo y el antidoto contra el fastidio de mi triste soledad, y vos sabeis si las mias son largas y multiplicadas. Esta será mas corta, y sobre todo muy clara. Vos ya me conoceis: des-

gracias inauditas me han hecho desear la muerte. Vos, al contrario, habeis querido que yo viviese, y he cedido á vuestros deseos: mi corazon está muerto, y no siente ya aquellas vehementes pasiones que le solian inquietar: lo sospecho al menos; mas sin embargo, le siento aun capaz de sentimientos tiernos y afectuosos. En cierto tiempo vuestra hija, la interesante Eva, me honraba con su estimacion: ¿seré siempre el mismo á sus ojos? Una tierna inclinacion, un reconocimiento sin límites, y una amistad absoluta, ¿llenarian los deseos de su corazon? Habladme sin reserva, mi querido amigo: vuestra respuesta puede decidir de todo lo que me resta que

gozar de felicidad sobre la tierra; pero se trata tambien de la de vuestra hija : yo no la separo de la mia : decidme , pues , si está en mi mano hacerla feliz.»

Teodoro esperó el regreso del primo con cierta impaciencia que podia igualmente llamarse temor. Shechem fue exacto en responder, y hé aquí su carta :

«Yo seré aun mas lacónico que tú : te conozco , y estoi libre de toda inquietud sobre la felicidad de mi hija : ven , llega , y en el acto de estrecharte Bensadí en sus brazos , será su hija tu muger.»

Leer esta carta , dar sus órdenes para disponer el viage á Londres , subir al coche y partir , todo fue cosa de un cuarto de hora.

Shechem recibió una tierna sorpresa al verle llegar tan presto , y le estrechó cordialmente la mano.

«A propósito , le dice sonriendo , hemos olvidado uno y otro , que te vas á casar con la hija de un judío : ¿no tienes algunos escrúpulos?»

— Yo creo que os burlais , mi querido amigo ; pues en ese caso pudiera haceros igual pregunta.

— Pues entonces no respondamos uno ni otro , pues ese será un punto que ventilareis los dos esposos. Vamos á ver á mi hija.»

Eva , al ver á Teodoro , no pudo disimular su grande emocion , asi como él sintió igualmente cierta agitacion repentina que no fue desconocida.

(222)

«Y bien, dice Shechem, ¿qué es esto? teneis el aire de dos personas que sienten el verse: vamos, vamos, abrazarse.... ó si no.... yo me retiro.»

Teodoro se sonrió, y Eva se sonrojaba mas y mas: se acercó á ella, la estrechó en sus brazos, segun la vió temblando, y selló en sus labios de carmin el juramento de no vivir sino para hacer su felicidad. Bensadí, viendo que su embarazo cedia poco á poco al placer de comunicarse sus pensamientos, se marchó, imaginando que su presencia no podia menos de estorbar á sus tiernas sensaciones.

La conversacion fue animada, y no pareció larga: lo que se dije-

(223)

ron no es difícil de adivinar. Teodoro manifestó á Eva sus temores de no poderla hacer bastante feliz, y la respuesta de esta hermosa jóven debió tranquilizarle.

«Teodoro, le dice ella con una mirada tierna y dulce, tengo un favor que pedirós.

— ¡Un favor! mandadme, y me vereis siempre pronto á obedeceros.

— Prometedme que hablaremos frecuentemente de Elisa; que nunca creereis afligirme, haciéndome el testigo de vuestras penas. Su memoria no puede dejar nunca de seros cara; y yo por mi parte creo que me será mui dulce dedicarla algunas lágrimas de las que la debeis.

— ¡Hermosa y generosa amiga! tantas bondades me prueban que no seré jamás bastante digno de vos. Sí, yo os le prometo: la memoria de esta querida víctima nos será comun; y pues que yo he sido la causa inocente de sus infortunios, quiero consagrar el resto de mi vida á la felicidad de la única muger que puede reemplazarla.

— Aun otra súplica, amigo mio: ¿vos teneis su retrato?

— Sí.

— Dádmele: os lo pido como la señal mas preciosa de vuestro cariño: yo le llevaré á mi cuello, y le vereis todos los dias: no debéis olvidar á ninguna de las dos mugeres que os han amado.»

Teodoro estaba como embriagado y lleno de admiracion, de sorpresa y de reconocimiento, y sacando de su pecho el retrato de Elisa, le suspendió él mismo al cuello de Eva, cuando Shechem volvió. Esta escena le enterneció; abrazó á su hija y á su yerno futuro, diciéndoles que no habia nada mas que desear en el mundo; pues que iba á ver felices al uno y al otro, los dos seres mas queridos á su corazon.

Hanson, sus dos hermanas y sus maridos fueron los únicos testigos de esta union, que se hizo secretamente y sin ceremonia. Los esposos partieron despues á la provincia, y ocuparon la habitacion que Teodoro habia man-